



PATRIMONIO CULTURAL Y TURISMO

5 Cuadernos

Congreso Iberoamericano
sobre Patrimonio Cultural, Desarrollo y Turismo
Morelia, Michoacán, 2003

Memorias / Parte I

 **CONACULTA**

CULTURA Y TURISMO: UN CASO DE MICROPOLÍTICA CULTURAL*

■
Teixeira Coelho**



LA DISONANCIA ENTRE LAS POLÍTICAS MACRO Y MICROCULTURALES

Las relaciones entre la cultura y el turismo –y sobre todo la presencia de la primera en lo segundo– son inciertas y no siempre tan claras y evidentes o incluso precisas como suele parecer a simple vista. Deberían, tal vez, ser inmediatas y justamente automáticas. Esas relaciones que se concretizan con relativa facilidad en un nivel –digamos– “macrocultural” (cuando se trata de establecer grandes políticas culturales para la protección, por ejemplo, del patrimonio cultural e histórico expuesto al turismo y, por lo menos, en la teoría de los planos), están muy lejos de lograrse en la esfera que posiblemente sea más importante: la de lo microcultural, de la cultura inmediata, de la cultura del momento vivido, la del presente, aquella que parece banal, la que estaría, para usar una expresión conocida, en el nivel de la microfísica cultural; la del nivel más importante, aquél del hecho vital del que depende nuestra visión del mundo y nuestra condición de estar en él, la meta –supuestamente– de toda política cultural, de todo proceso de educación y, también, del... turismo. Con todo, para decir lo mínimo, esta escala de prioridades no se da con frecuencia. La verdad es que hay un choque entre el *discurso* cultural del turismo, o el efecto del discurso de la cultura en el turismo o el efecto del discurso del turismo cultural frecuentemente centrado en las ideas del patrimonio cultural y natural, y el *comportamiento* cultural del turismo o el efecto del mundo de la cultura en el turismo (incluido el efecto real, el de la experiencia real de la cultura en el turismo o el efecto del mundo del turismo cultural). En otras palabras, se puede percibir una fuerte resquebrajadura entre *lo que se dice* sobre el recurso de la cultura en el turismo y *lo que efectivamente se hace* en términos de cultura cuando el contexto es el del turismo.

Un ejemplo: vine a Morelia a participar en este Congreso sobre Patrimonio Cultural, Desarrollo y Turismo. Llegado a Morelia recibí algunos

* Traducción:
Bruno Aceves H.

** Coordinador del
Observatorio de Políticas
Culturales de la Universidad
de São Paulo.

folletos que hablaban del congreso, de la ciudad y la región, de algunos tesoros del área, unos de ellos naturales. Entre ellos un folleto describiendo a la mariposa monarca, sobre cómo llegar y qué hacer para verla. Me llamó mucho la atención la parte final, “Reglamento para visitantes”, donde se leía que “la mariposa monarca es un patrimonio universal y es responsabilidad de todos su conservación”, y donde se le recomienda al visitante que respete una serie de normas como no cazar, no ensuciar, no hacer fogatas y no ingerir bebidas ni alimentos dentro del parque. Una regla en particular me llamó la atención: “No gritar ni hacer ruido” (y más abajo: “Mantenga silencio. Escuche el silencio del bosque”). Bravo por lo escrito y bravo por la recomendación.

Me acordé, empero, de las condiciones en que un grupo de nosotros, investigadores y especialistas de la cultura o el turismo llegamos a Morelia de la Ciudad de México. Un largo viaje de seis horas en autobús, pasando por una zona de muchos encantos (donde el menor era a una serie de canales artificiales desnudos por la falta de lluvia y en medio un lago entre montañas secas). El asunto, dentro del autobús, es que apenas salidos de la Ciudad de México el conductor abrió una horrorosa caja de plástico donde pude ver, sentado como estaba en la primera fila, varios videocasetes: revolvió las cintas, escogió una y la introdujo en el reproductor. Ya me había dado cuenta de que el autobús estaba equipado, bien equipado, con monitores de televisión hasta ahí inofensivamente mudos y oscurecidos (amenazadoramente mudos y oscurecidos, esa es la expresión correcta porque esos aparatos están siempre en un estado de irrupción potencial denunciado por el pequeño ojo rojo siempre encendido que le da características de *Argus* electrónico, continuamente despierto incluso cuando duerme). En mi ingenuidad turística o académica imaginé que la cinta sería una introducción a la región que estábamos atravesando, o a la que nos dirigíamos, la ciudad de Morelia o el estado de Michoacán, o de menos al Congreso del que formábamos parte: cuando la imagen iluminó a los monitores, la cinta se descaró revelando ser un largometraje común de ficción, un *feature film* estadounidense, *The horse whisperer* con Robert Redford. Yo no podía ver directamente las imágenes, pero estaba obligado a seguir toda la trama audible (demasiado: las bocinas estaban a escasos 15 cm de mi cabeza); no hubo un solo diálogo que me perdiera, no una sola nota de la banda sonora que se escapase de mi atención fluctuante pero cautiva (a 15 cm de mi cabeza). Hasta poco antes, yo había podido conversar con un colega español al que no cono-

cía, él hablando de sus experiencias culturales de España, los dos intentando decodificar algunas escenas que se sucedían fuera del autobús, pero desde el instante en que el videocasete empezó a correr, apenas fuimos capaces de escuchar nuestros propios pensamientos. Alguien, un poco después, le pidió al conductor que disminuyese el volumen (y lo hizo gentilmente), pero eso fue todo. Estábamos en México, veíamos el paisaje mexicano, a veces imponente, que se desbordaba sobre el horizonte, pero estábamos todo el tiempo bajo el impacto y el control del sonido y las imágenes de la película norteamericana *The horse whisperer*. Ya no supe si el personaje principal de la cinta verdaderamente susurra cosas a los oídos de los caballos pero comprobé que la película fue capaz de quedarse todo el tiempo –enorme susurro en alto y buen sonido– susurrándome cosas a los oídos, cosas que no quería escuchar y que no me dejaban nada tranquilo sino todo lo contrario. De haber seguido la corriente, habría torcido el pescuezo para seguir las escenas que mostraba el monitor instalado sobre la hilera de asientos del otro lado del corredor: no me dio la gana, no estaba obligado a verlas, pero del sonido no había manera de escaparse.

Una vez comprobada la opresión, intenté observar las cosas como un verdadero investigador. Nadie argumentó contra la necesidad o la conveniencia de que se exhibiera la película para ese tipo específico de platea, todos especialistas en diferentes áreas, intelectuales, promotores y productores culturales; tal vez hubo comentarios *sottovoce* con el colega de al lado, pero en público nadie se irguió contra la iniciativa; algunos, quizá en un acto reflejo (o por resignación: desviar la mirada de una TV es casi una imposibilidad cultural) terminaron viendo la cinta entera. Dos horas después la película llegó a su fin, el autobús paró en un bar de la carretera y salimos a estirar las piernas.

De regreso, poco después, con el vehículo ya en movimiento, el conductor abrió su dichosa cajita, removió el contenido y de ella, para sorpresa no pequeña y a la vez exagerada, dado el antecedente, sacó otra cinta (*Men of honor*, Hombres de honor, y... doblada): Robert de Niro en uno de los papeles principales de la historia, otro conflicto más entre blancos y negros en las fuerzas armadas norteamericanas, un conflicto (otro más) entre el preconceito racial inicial y la afirmación subsecuente, vencedora, victoriosa, del valor humano que no conoce de división de razas, un conflicto (otro más) entre la alelada jerarquía y la idea de sacrificio individual y creativo que rescata la dignidad humana frente a la

frialdad de la norma. Un guión original, como se ve. Una película políticamente correcta, faltaba más, que no tenía nada que hacer dentro de aquel autobús que nos llevaba de la Ciudad de México hasta Morelia para un Congreso Iberoamericano de Patrimonio Cultural, Desarrollo y Turismo. La segunda vez, nadie se preocupó ni por pedir que el volumen, ahora más alto que en la cinta anterior, fuese disminuido; la conversación fue cediendo sensiblemente y el sonido continuaba a 15 cm de mi cabeza, zumbándome dentro del cráneo. Durante un trayecto de casi seis horas entre el Distrito Federal y Morelia, entre la capital del país y el corazón del estado de Michoacán, los pasajeros del autobús, conferencistas especialistas en cultura y turismo, vieron no una sino dos películas norteamericanas que pudo haberse evitado sin algún perjuicio para sus vidas.

Me acordé, ya en Morelia, de un pasaje de John Maynard Keynes:

Qué satisfechos estaríamos si las diversas comunidades locales que forman nuestro país caminaran por sus propias veredas y, fieles a sí mismas, se pusieran a hacer cosas diferentes de las que hacen sus vecinos. Nada daña más a estas comunidades que el prestigio, en muchos aspectos desmedido, del que gozan las pautas artísticas provenientes de las grandes capitales. Cada uno de los miembros de la alegre Inglaterra de aquí en adelante debe ser feliz a su manera. ¡Muerte a Hollywood!

Keynes hizo esta observación en 1945, cuando era presidente del Consejo de Artes de Gran Bretaña.¹ De alguna manera sorprende que alguien —él, el en otros aspectos pacífico Keynes—, haya lanzado un grito de protesta y alarma contra Hollywood en un momento en que la industria fílmica norteamericana, sin duda ya influyente, no se había aproximado ni de lejos a la situación de pacífica hegemonía que hoy no encuentra rival. Sin duda, es un efecto de la capacidad visionaria del economista ideólogo sobre muchas cosas que andan por ahí, en el mercado. Y si la advertencia de Keynes era válida hace más de 50 años, es de pensar cuán justificada resulta hoy (no debemos pasar por alto que aquéllos no eran aún tiempos del globalismo en el cual la presencia de productos venidos de afuera se torna cotidiana, ni que el dirigismo de la frase final, en que Keynes anuncia que *Inglaterra debe ser feliz a su manera*, en los moldes que le son propios y sin que aclare cuáles podrían ser, como de hecho es difícil decirlo hoy como ayer, en Inglaterra como en Brasil), es en reali-

¹ Bernard Gournay, "Exception culturelle et mondialisation", en *Presse de Sciences*, París, 2002, p. 9.

dad un acertijo. Eso no existe. No existe una manera *especial* o *diferente* o *privilegiada* de ser feliz. “Todo es bueno”, vale todo para ser feliz. Incluso con todos los cuidados y reservas del caso, cabe pensar que la frase de Keynes se adapta al episodio del viaje de la Ciudad de México a Morelia en autobús.

LA EXPERIENCIA DEL MISMO O LA EXPERIENCIA DEL OTRO

La cuestión que surge espontáneamente alrededor del citado episodio es qué dice respecto al tipo de *experiencia cultural* que el viaje proporcionó a aquel grupo especial de pasajeros (experiencia que indudablemente no será distinta a la vivida por cualquier otro grupo de turistas en autobús). No se trata de maximizar el incidente diciendo que arruinó la *experiencia cultural*, experiencia que debería haber sido única para mí y para la absoluta mayoría, si no la totalidad, de aquellos viajeros que por vez primera se trasladaban de México a Morelia, y que, en cambio, se vieron expuestos al contacto con la cultura masificada que domina el planeta que ellos ya conocían. Con todo, matices incluidos, no era eso lo que el grupo esperaba encontrar y justo eso fue lo que le fue dado de manera “natural”, espontánea, por el conductor del autobús: para él o para la empresa que alquiló el vehículo y recomendó el procedimiento, eso era lo que se debía ofrecer a viajeros internacionales como señal de civilización y buenas costumbres. En otras palabras, el turista va en busca de lo desconocido, pero... sin exagerar. Es “normal” que en el nuevo territorio, que ocupa temporalmente, encuentre la misma cultura que supuestamente lo ampara en su lugar de origen o la misma que se supone que lo ampare en su ambiente cotidiano.

Si el turista sale de un cuarto de hotel globalizado en su territorio original para ir a dar a otro cuarto de hotel globalizado en el territorio –novedosamente– ajeno, ¿por qué no se le puede ofrecer (o imponer: no hubo elección ni salida) una cultura globalizada que llena los tiempos que la empresa operadora del transporte supone “vacíos” durante el viaje, viaje que equivocadamente se asume entre el *tiempo lleno* en el Distrito Federal y el tiempo lleno que significará la experiencia de conocer Morelia? Entre el D.F. y Morelia, presupone la *experiencia programada*, no hay cultura ni experiencia cultural posible, sólo el espacio vacío del paisaje que debe ser rellenado a menos que se quiera “perder al turista” al permitirle que se

extravíe enfrentándose con el silencio del paisaje, el silencio del autobús, el silencio eventual de su compañero de asiento, el silencio de sus pensamientos.

El hombre occidental, como se le conoce en estudios antropológicos, al parecer recela del vacío en su casa: la esquina vacía, la sala vacía, todo debe ser ocupado con alguna cosa (una mesa, un vaso, una lámpara o una luz); el centro de una mesa sin nada debe estar ocupado por una platón con frutas que reposa sobre una carpeta (de tela o de masificado plástico) que también anule el vacío anterior, el de la madera de la mesa desnuda. Es ese el supuesto, cuando no la preconcepción para Occidente. Parece que ahora la tecnología portátil y fluctuante permite que se rellenen no sólo los espacios vacíos sino también los *tiempos vacíos*, y esto ya no se limita al Occidente, sino a cualquier parte del mundo porque lo mismo se le ofrece a todo viajero. Y existe, entonces, sólo una respuesta para la pregunta que abrió esta sección: la experiencia cultural que se les ofreció a los pasajeros de aquél autobús, básicamente fue “más de lo mismo”. Casi a fuerza y de contrabando se lograron colar fragmentos de una experiencia cultural entreverada en el paisaje y las conversaciones truncadas con el extraño de al lado; la experiencia pudo haber sido mucho más intensa y ciertamente más dirigida hacia lo diferente, hacia lo inédito que hubiera sido todo para nosotros (sin duda muchísimo más de lo que terminó siendo).

LA PRIORIDAD DE LO INMEDIATO EN LA EXPERIENCIA CULTURAL

Lo que tenemos aquí es un conflicto visible entre la macropolítica cultural que el turismo a veces quiere asumir (la macropolítica que la cultura quiere atribuirle al turismo, la macropolítica digna que el turismo quiere encontrar en la cultura), y la micropolítica cultural que efectivamente se le ofrece al turismo en la política. Todo el aparato intelectual y económico que se le arma y se le ofrece a la macropolítica del turismo, y que por lo visto se discute precisamente en este Congreso, es interpelado por la micropolítica de los hechos, hechos como el de este traslado en autobús. Y nadie se debe equivocar respecto a esto: la importancia de lo microcultural es decisiva no únicamente en la constitución de la representación que la persona se hace de una experiencia cultural y de una cultura (como aquí la mexicana o del interior de México) sino también en la percepción

de la vida misma que se está llevando. Las grandes ideas, como por ejemplo la de patrimonio cultural, son importantes y juegan un papel muy propio, pero lo que vale precisamente para la vida de cada quien, son las pequeñas incidencias culturales de todos los días, lo *banal cultural* como lo banal de esas dos películas que ya nos acostumbramos a ver por todos lados. Es posible que los pasajeros de aquel autobús regresen a sus países y a su vida cotidiana y se acuerden de que vinieron a México, que hicieron un viaje por tierra de la Ciudad de México a Morelia y de lo que vieron en Morelia, olvidándose de las dos prescindibles películas norteamericanas. Pero por lo menos un pasajero, éste que aquí escribe, se acordará además de las dos cintas y lo hará por siempre. La pregunta que resta no puede ser otra: ¿Por qué fue necesario o inevitable vivir aquella experiencia descartable? La política cultural que se diseña para la esfera macro, ¿no podría voltearse igual para la esfera microcultural?

GESTIÓN CULTURAL DE LO MACRO Y DE LO MICRO. EL MODELO DE LA CULTURA ECOLÓGICA

Hay sin duda un conflicto de gestión cultural entre la esfera de acción que el poder público (o la gestión pública de la cultura) se reserva, y aquella que queda en manos del sector privado (gestión privada). En este caso y sin eufemismos, es como si el sector público fuese para un lado y el privado estableciera un contrapeso capaz de anular el impulso hacia la cultura del primero. De nueva cuenta, el caso relatado puede no ser el más grave (o puede ni siquiera ser grave) pero, ¿qué tipo de experiencia cultural se le está ofreciendo en los hechos al turista en un escenario en que aparecen o predominan incidentes como éste? ¿Será que todo aquel discurso cultural es una fachada que oculta el pretexto del recurso turístico como medio de captación de divisas, privadas y públicas? Insistiendo, en realidad no es necesario que así sea.

La intervención de la gestión pública podría presentarse con el sentido de orientar a la gestión privada del turismo que se materializa en la conducción de un autobús y en tantas otras cosas. La cultura ecológica, como aquella manifiesta en el folleto de la mariposa Monarca y su hábitat, ofrece un modelo de abordaje totalizante de su objeto que podría, perfectamente, ser puesto en práctica en el campo de la cultura y del turismo y del turismo con cultura. El pensamiento ecológico se marca por un tipo de enfoque bastante claro y específico: o todo debe ser obje-

to de una acción preservacionista o estamos todos perdidos (en Morelia como en Washington, en la selva amazónica como en Tokio). Para la cultura ecológica no basta protestar sólo ante la descarga en la atmósfera de los residuos del combustible quemado de los aviones mientras aquí abajo los automóviles continúan contaminando, o mientras los agricultores queman residuos de hierba para ahorrarse tiempo y esfuerzo (y que el planeta, por cierto, siga girando). El pensamiento de la cultura ecológica es de tipo holístico, totalizador: o todo funciona (en mi terrenito como en la floresta) o todo está perdido. La tolerancia del pensamiento ecológico debe ser igual a cero si ese pensamiento debe triunfar algún día. ¿Por qué no se puede poner en práctica la misma cosa en la —digamos— cultura cultural? La respuesta orgánica, natural, instintiva, es que eso no se hace porque el riesgo de totalitarismo en la cultura cultural sería demasiado alto: se piensa que la cultura cultural debe o puede ser más flexible que la cultura ecológica sin que eso le traiga perjuicios irremediables. Puede ser. Puede no ser. Aun así, ciertas cosas llaman la atención: ¿Por qué el estado de Michoacán se ve con el derecho y la obligación de establecer un “Reglamento para visitantes” de los bosques donde se encuentra (todavía) la mariposa Monarca, pidiendo que se evite “gritar y hacer ruido” dentro de la reserva, “escuche el silencio del bosque”, y por qué ese u otro gobierno no podría elaborar un reglamento para el uso del autobús turístico sugiriendo que se evite “hacer ruidos” incompatibles con la experiencia cultural en curso (ruidos culturales, en la acepción más amplia de la palabra “ruido”), que se “escuche el silencio del paisaje”?

Sin duda, el conflicto entre la práctica de la cultura ecológica y la de la cultura cultural, por extraño que suene la expresión, es fuerte, innegable y no muy fácilmente justificable. Existe una tolerancia respecto a la experiencia de la cultura cultural que tal vez no se justifique de manera tan simple como se cree. La gestión pública de la cultura brilla por su ausencia cuando no busca por lo menos orientar al conjunto de la “sociedad cultural” formada por los tour-operadores, guías turísticos, hoteles, políticos, burócratas y demás. Nada se le debe imponer al turista. Por cierto: no se trata, ni de lejos, de cambiar la película norteamericana para que, en su lugar, en el autobús de México se exhiba una cinta mexicana; no se trata de imponer una experiencia cultural totalizante o inclusiva a quien no quiera pasar por ella pero no sería ilegítimo ofrecer las condiciones mínimas para que la *experiencia cultural posible* en el contexto de un viaje turístico efectivamente se dé. Sinceramente, la experiencia cultu-

ral de aquel viaje no necesitaba ni (forzosamente) tenía que ser esa si las cosas fueran vistas desde la perspectiva de una más amplia filosofía de la cultura, considerando lo que se busca como experiencia cultural, sea en una situación de turismo, sea en cualquier otra.

UN PRINCIPIO: AMPLIAR LA ESFERA DE PRESENCIA DEL SER

Montesquieu sugirió, en un ensayo –inconcluso– preparado para la Enciclopedia, que en la vida el máximo deber que tenemos con nosotros es aumentar la esfera de presencia de nuestro ser, desdoblar nuestro ser en contacto con aquello que no forma parte inmediata de él. Mi destino natural en el mundo no sería encogerme en mi toga sino, recordando que la vida continúa siendo corta (al menos hasta que la tecnología coloque al alcance de la masa una o varias vidas adicionales o simplemente una ilimitada), extenderme por todas las esquinas y aspectos del mundo, ver todo, mirar lo más posible de modo que se amplíe mi comprensión del universo. Eso se obtiene, en tiempos de Montesquieu como ahora, de dos modos privilegiados: por la mediación de la cultura (a través de la representación ofrecida por las obras culturales como la literatura y la pintura y el cine, el viaje virtual como ahora se le conoce) y por el viaje físico, el desplazamiento efectivo hasta el lugar desconocido.

Montesquieu escribió que la primera cosa que hacía al llegar a un nuevo lugar era subir al edificio más alto para tener desde allí una visión amplia del nuevo espacio, una mirada de conjunto del nuevo escenario. Lo último que esperaba sería que, subiendo al lugar más alto, digamos la torre del campanario de la Catedral de Morelia, fuera recibido por la experiencia de oír, desde unas bocinitas minúsculas instaladas en algún lugar de la torre, una música enlatada de los Beatles o de Mozart o de Madona: justo eso es lo que se aprecia como experiencia cultural del turismo en muchos escenarios.

LA CORROSIÓN DEL PATRIMONIO INTANGIBLE

La globalización es un hecho y aquellas dos películas norteamericanas exhibidas en el autobús tienen tanta presencia hoy en Morelia como en Nueva York, son tan de Morelia como de Manhattan, y por lo tanto es difícil que el turista no espere encontrarlas en Morelia como las encuen-

tra en Nueva York. Pero si existiese una gestión pública del turismo, le competaría legítimamente hacer lo posible para preservar el patrimonio que se le exhibe al turista, un patrimonio auténticamente intangible, el más intangible de todos. El patrimonio intangible de México que se estaría protegiendo, de no poderse proyectar películas norteamericanas o de cualquier otra procedencia en ese autobús, sería el patrimonio constituido por el paisaje de México visto a través de la ventana del vehículo y que provoca en mí, un observador dentro del autobús, reflexiones agudas o relajadas sobre aquel paisaje o sobre mí, que estoy desplazándome en aquel escenario con el cual no entraría a tono (las reflexiones serían otras) si mi contacto fuera con otro paisaje territorial o con otro patrimonio intangible (las reflexiones del observador se convierten en patrimonio intangible de México porque sólo ahí pueden ser posibles): es ese el verdadero patrimonio intangible.

Se suele hablar mucho de ciertas cosas, de ciertos conceptos sin darles al mismo tiempo una materialización sensible (o, siquiera, real), sin saber exactamente en qué consisten más allá de las bases más visibles (como, en este caso del patrimonio intangible, la lengua o las costumbres) en las que son colocados para su examen. El patrimonio intangible es algo mucho más extenso de lo descrito por esa expresión, y es algo que si no fuera cuidado en su real extensión provocará el desmoronamiento de todo aquel patrimonio más visible y que –se dice– se quiere proteger.

Algunos pensarán que todo esto es muy radical; que la cultura no puede ser tratada así. El hecho es que en un Congreso como éste estamos en una situación de laboratorio y en un laboratorio se debe lidiar con situaciones límite: ¿Qué sucedería si se alterara esta ecuación o este escenario, en qué medida esto que se verifica aquí tiene influencia sobre aquello o aquello otro?, ¿qué se obtendría con un tratamiento diferente? El abismo entre el universo del discurso sobre la cultura (y sobre el turismo envuelto de cultura o sobre el turismo cultural) y el de los hechos de cultura (y de las acciones desarrolladas por la cultura y en nombre de la cultura) llega a ser enorme, insuperable. La zanja es honda en muchos otros dominios como la política, la educación y la economía, tanto que ciertamente no es ilegítimo preguntar en nombre de qué, finalmente, se esperaría que fuese menor o no existiese en el dominio de la cultura. Aun así, en este caso nuestra inclinación debe ser por la disminución de la distancia entre lo vivido y lo representado. La política cultural debe ser siempre repensada y renovada; no hay política cultural fija e inmóvil, no

hay política cultural definida una vez y para siempre, y esto incluye a la política cultural que lidia con el patrimonio más estable y duradero, más tangible, más duro. No hay cómo dudar: si no se hace nada, a largo plazo los dos videos en el interior del autobús corroen sin dificultad al patrimonio más duro y sólido de México (o de cualquier otro país). Imagínese entonces lo que pueden hacer con el patrimonio “suave”, intangible.

El episodio del autobús inundado en su interior por la película norteamericana, como si el autobús fuese un proyectil cultural herméticamente cerrado, con aire acondicionado, atravesando el territorio mexicano y llevando en su interior una carga cultural desparramada como moléculas de aire por todos lados (y explotando al final dentro de la mente de los viajeros, obnubilando la escena mexicana exterior, y explotando en el mismo centro histórico de Morelia) asume proporciones más amplias cuando se piensa que los nuevos autos particulares, y no necesariamente los más lujosos, ya comienzan a comercializarse equipados con monitores de video instaladas en la parte posterior del asiento delantero o el techo, permitiendo que sus ocupantes se cierren en el interior en movimiento y apaguen la realidad externa. Coches así ya se anuncian como especialmente pensados para familias con hijos que “se tranquilizarán” con las imágenes de la pantalla. Estamos frente a una enorme operación de corrosión cultural, que se lleva a cabo e incluso podemos observar —en São Paulo— en autobuses destinados al transporte de niños y jóvenes estudiantes entre sus casas y la escuela. Por lo menos respecto al turismo, no hay elementos para pensar que se trata de una situación normal, menos aún cuando se habla de turismo —si no cultural— con cultura; y mucho menos si se habla de cultura, turismo y desarrollo (que, se supone, no debe ser sólo desarrollo económico sino, también y justamente, desarrollo cultural).

EL SENTIDO CULTURAL DEL DINERO EN EL TURISMO

Este Congreso es también un foro de economía de la cultura. Sería entonces interesante recordar una observación de Georg Simmel referente al sentido real del dinero, algo que se obtiene con no menos que el análisis de la *praxis* efectiva que se establece entre el dinero y las cosas; el examen de las relaciones inter-humanas mediadas por el dinero y de los efectos del dinero en el universo interior de las personas; una verificación del sentimiento vital de los individuos y del encadenamiento de sus acciones

con y sobre la cultura en su generalidad. Pues bien: el sentido real del dinero en mí, concretizado en el autobús que el dinero y la tecnología que él puede comprar súper equiparon, y que me llevó hasta Morelia, fue eso que describí. Y fue ese, aunque en parte, el *sentido cultural de la experiencia* que tuve en aquel trayecto (o parte de ella: finalmente no soy de piedra, aún —a pesar de las bocinas a 15 cm de mi cabeza—, como muchos otros, pude controlar parte de mis emociones y pensamientos y hasta me sobró suficiente energía para ver el paisaje y reflexionar sobre algunas cosas de México y de mi persona). De igual modo, muchos otros turistas no serán torturados por experiencias análogas en autobuses semejantes. Pero no hay que ilusionarse: el sentido real de la experiencia cultural que a muchos de ellos se les ofrece es el sentido de esa experiencia mediada por el dinero disponible para el “incremento” de ciertos hábitos culturales (como el tener siempre a la mano un monitor de video para ver el mundo que no está en nuestro entorno inmediato), hábitos que, como todos los hábitos culturales, se acaban tornando incómodos y eventualmente contraproducentes (dañinos, como dice Keynes). Los hábitos culturales están para ser modificados. Siempre: esos que relaté también.

La política cultural existe para darle poder a la sociedad civil, para aumentar la esfera de la presencia de las personas, no para facilitar inconsecuentemente la acumulación de capital en empresas como las de turismo, aunque esto pueda ser un instrumento para aquello. La gestión pública de la cultura y el patrimonio cultural tangible e intangible, así como la gestión pública del turismo con cultura, por lo menos en un laboratorio como el presente Congreso, deberá tener en consideración todos estos niveles y aspectos ■

